

II
DIOS

I

EL MURCIÉLAGO

EL ATEÍSMO

Nihil.

Y vi encima de mi cabeza un punto negro.

Y aquel punto negro parecía una mosca al atardecer, volando á la hora en que la obscuridad nos invita á orar. Y como el hombre, cuando piensa, tiene alas, pronto hube franqueado el éter que se abre al vuelo de los espíritus.

Y aquella mosca era un murciélago.

Y aquella lúgubre ave volaba sola por el espacio, y decía:

—Es enorme y repugnante. Lo que pasa ante mis ojos me hace temblar. ¡Es espantoso! ¿Cuándo estaré, pues, fuera de la penumbra?

Y viéndome, gritó:

*

—¿Qué quieres de mí, rápido transeunte? Miro atontado la materia estúpida. Hombre, escucha: Yo soy el pájaro negro que Demogorgón encontró en Grecia y Shiva en la India. Contemplo el horror de la sombría naturaleza. Hombre, ¿cuál es el sentido de la espantosa aventura que se llama universo? Yo la busco y tengo miedo. Interrogo á esta masa que no es más que un vapor; observo el infinito monstruoso y escudriño al topo y al sol, al hombre, al árbol y al busto. Estoy triste.

¡Oh tú, hombre que pasas! ¿Comprendes esta palabra: Nada? Lo que se llama el mal es tal vez el bien. Cuando un precipicio se llena, se vacía otro pozo. Tormento, voluptuosidad, risa y clamor doloroso, flujo y reflujo, lo justo y lo injusto, lo bueno, lo malo, blanco y negro, diamante y carbón, verdadero, falso, púrpura y girón, el carcán, la aureola, día y noche, vida y muerte, sí, no; ¡loca lanzadera que impulsa el azar, tejedor de la noche!

¿Se sabe qué es lo que sirve y qué lo que perjudica? Todo germen es una plaga y todo choque un desastre; el cometa, brulote de los mundos, destruye el astro; el mismo ser es sucesivamente víctima y verdugo, y, para el mosquito, la golondrina es buitre. Los guijarros son pulverizados por la bestia de carga, el asno paca el cardo, el hombre devora al hombre, el cordero come la flor, el lobo come al cordero. ¡Sombría cadena eterna en que el anillo come al anillo!

Y lo que se ve no es nada: hijos que matan á los padres, los tiburones, los Nerones, los Seyanos, las

víboras, todo esto no es más que poca obscuridad y poco terror. Lo infinitamente pequeño contiene el horror grande.

El átomo es un bandido que devora al átomo; la araña tiene su tela y el gusano su reino; los hormigueros son Babels; el animal, cuanto más pequeño es, más se aproxima al mal; cuanto más decrece la fuerza, más deforme es la bestia; y cuando las mira con su enorme ojo, hombre, las gotas de agua dan miedo al Océano; el rocío tiene en su perla á Tifón y á Satán y ambos se retuercen en ella por siempre; lo efímero es Moloch; el infusorio, espantosa quimera, rechina, y si el gigante pudiera ver el embrión, el behemoth huiría ante el vibrión. El más pequeño grano de arena es un globo que rueda, arrastrando como la tierra una lúgubre muchedumbre que se aborrece, y se encarniza, y se execra y se devora sin cesar; en el fondo del hambre está el odio. La esfera imperceptible es semejante á la grande; y el pensador, cuando aplica el oído, oye rugir profundamente en aquellos universos enanos una rabia de tigre y gritos leoninos.

Toda fauce es un precipicio y quien come asesina. El animal tiene su garra y el árbol su raíz; y la raíz espantosa y semejante á las serpientes, comete en la obscuridad tenebrosos asesinatos. Todo se sostiene y se abraza y se estrecha para morderse; un crimen universal y monstruoso es el orden; todo ser bebe una sangre inmensa, que chorrea de la creación como de un vasto seno. Se lucha, se golpea, se hiere, se sangra, se sufre, se llora.

Todo lo que veis es larva; todo os engaña y todo se funde rápidamente en la penumbra; porque todo tiembla en el misterio inmenso y se disuelve; la no-

che vuelve á apoderarse del espectro como el agua de la nieve. La voz se extingue antes de haber gritado: ¿Qué sé yo?

La primavera, el sol, las bestias en el celo son una flor quimérica y monstruosa; á través de su sueño sufre este mundo azorado; abril no es más que el sueño erótico del precipicio, una polución nocturna de riachuelo, de ramajes, de perfumes, de alba y de cantos de pájaros. Sólo el horror sobrevive continuado doquiera. Y, por momentos, un viento que sale de las nubes dibuja contornos, rayos y ojos en aquel negro furioso torbellino de átomos.

¡Oh tú que caminas! El espíritu, el viento, la hoja muerta, el silencio, el ruido, esa ala que te arrebató, la claridad [día] que crees ver por momentos, lo que luce, lo que tiembla, el cielo, el ser, todo es la noche. Y la creación entera, con el hombre, con lo que el ojo ve y nombra la voz, sus mundos, sus soles, sus inauditas corrientes, sus meteoros locos que vuelan deslumbrados, con sus globos de oro semejantes á grandes cúpulas, con su eterno paso de fantasmas, la ola, el enjambre, el ave, el lirio que se cree [por todos] bendito, no son más que un vómito de sombra en el infinito. La obscuridad [noche] produce el mal, el mal produce lo peor.

Oye ahora lo que voy á decirte:

El pájaro negro se detuvo, turbado de espanto; luego, sombrío y tembloroso, añadió:

—Yo he ido hasta el fondo de esta sombra. Y no he visto á nadie.

*

Yo me estremecí; el pájaro prosiguió:

—Me estremezco por siempre en este precipicio donde vago lleno de espanto; en esta obscuridad nadie dice: ¡Yo!

Negro esbozo de nada que nadie acaba, el universo es un monstruo y el cielo es un sueño; ni voluntad, ni ley, ni polos, ni medio, un caos compuesto de vacíos, no existe Dios en él [ó no compuesto de Dios].

Dios, ¿para qué? El ideal está ausente. En este mundo el nacimiento es obscuro y el amor es inmundo. Por otra parte, ¿se nace acaso? ¿Acaso se vive? ¿Qué es lo viviente, lo real, lo cierto, lo completo? Los pensadores, cuyas melancólicas fuentes golpeo, preguntan en vano á la sordera de las cosas. El agua se desliza, el árbol crece, el asno rebuzna, el ave pone, el lobo aúlla, el gusano come. Nada contesta.

La profundidad sin fin, triste, idiota y descolorida, algo espantoso que se ignora á sí mismo, es todo. Esto es lo que sé bajo mi sudario, y el infinito me aplasta, y es por demás que yo diga: ¡Basta! Es horrible. Siempre esta tétrica visión. ¡Nunca el fondo, nunca el fin, nunca el límite!

Y, te lo repito, ya que pasas por ahí: oigo gritar abajo: ¡Jehová, Cristo, Alá! Todo no es más que un hacinamiento de apariciones locas; nada existe; y ¿cómo expresar con palabras la inmensa estupefacción de la noche? Lo invisible se borra y lo impalpable huye; la penumbra duerme; los fetos se mezclan con las rui-

nas; las formas, vanos aspectos, se pierden en los números; nada tiene sentido; y todo, el objeto, la esperanza, el esfuerzo, todo es insensato, vacío y falso, hasta la muerte. El sombrío infinito desvaría en el fondo de la tumba; el ataúd es un cascabel dentro del cual suena el cadáver. Si algo vive, no ha nacido todavía.

Mudo, aunque con la boca abierta, sordo, lúgubre, admirado, llevando en sí las tinieblas, y [teniendo] fuera de él las tinieblas, sin que un rayo, nacido en aquellas brumas fúnebres, vaya jamás á blanquear el infinito horizonte, ni siquiera criminal, y ni siquiera castigado, el mundo vaga al azar en la eterna noche, y, no teniendo aurora, no tiene pupila. El mundo camina á tientas en su propio vacío.

*

La triste noche llenaba el cielo como un gigante; y el murciélago volvió á su horrible penumbra; y oí al pájaro que, desaparecido, pero horrible, gritaba:

—¡Dios no existe! ¡Dios no existe! ¡Desesperación!

II

EL BUHO

EL ESCEPTICISMO

¿Quid?

Y vi encima de mi cabeza un punto negro. Y aquel punto negro parecía una mosca en la sombra.

Y nada tenía límites y nada tenía nombre; y todo se confundía con todo; el aquilón y la noche no formaban sino un mismo torbellino. Algunas formas sin nombre, larvas extenuadas ó soplos negros, pasaban por las sordas nubes; y todo lo demás estaba inmóvil y velado.

Entonces, subiendo, subiendo, subiendo, volaba yo hacia aquel punto que parecía retroceder en la bruma; porque es ley del ser cuyo espíritu se ilumina ir hacia lo que huye y hacia lo que se calla.

Y lo que yo había tomado por una mosca era un buho triste, frío, macilento, y se desprendía menos luz de su pupila que tinieblas de su ala.

*

Y aquel buho hablaba á lo que tenía delante, sin ver nada, como si supiera que había quien le escuchaba en la penumbra. Inquieto, palpitante, ávido, miraba el fondo mudo de la sombra inexplicable y vacía; y fija la vista, atento, sin alabar, sin huchear, decía:

—Allí hay alguien. He oído rumor.

Luego repuso, hablando á la espesa nube:

—Alguien hay allí. ¿Pero quién?

¿Duda? ¿Angustia? ¿Enigma? ¿Es lo Justo ó lo Desigual, lo Bueno ó lo Malo? ¿Su nombre es un grito? ¿Es un canto? ¿Es un padre que más tarde, desechando el error, debe resplandecer, [como un] iluminador del profundo laberinto? ¿Es un hermafrodita, hombre y mujer, ángel y noche, hacia el cual vuela y sube todo, y ante el cual todo huye? ¿Es un caprichoso que reprueba ó prefiere? ¿Es un contemplador calmoso que deja hacer? ¿Es un repulsivo sembrador de lo verdadero, de lo falso, sutil y fuerte, poderoso y traidor? Allí está; pero ¿qué es él?

Entonces me acerqué á aquella silueta y le pregunté: —¿Qué haces ahí, mochuelo?—Y la negra lechuza me dijo:

—¡Atisbo á Dios!

*

Yo soy la larva espantosa que aspira al cielo azul;

soy el ojo flamígero de las tinieblas; aspiro á la gran forma oscura acurrucada en el abismo. Yo no la veo; pero creo que está allí.

Un día, en la inmensidad, me llamó una voz.— ¡Mochuelo!..., me dijo Hermes.—Yo me ahogaba en el vacío; pero Hermes Egipcio, el gran soñador [y pensador] lívido, me tomó, al tiempo que iba soñando su sagrado poemander, y él fué quien me hizo respirar un poco de aire. Soy espíritu por el ala y demonio por la garra.

En un largo papiro, jeroglífico informe, pesado manuscrito sumergido en la bruma humana, Hermes había escrito lo que había soñado... Un día Hermes, á la hora en que se siente vivir el ser, vió pasar lo desconocido que leía un libro; y la Sombra se acercó al blanco mágico, cogió el libro de Hermes y le dejó el suyo. Este es el libro que la India deletrea y que la bestia Esfinge traduce en voz baja en su cripta al monstruo Egipto, porque está prohibido hablar recio; en el silencio del mundo asustado, se siente á Dios presente.

*

¡Dios! He dicho Dios. ¿Por qué? ¿Quién lo ve? ¿Quién lo demuestra? Lo que se busca es lo viviente y se encuentra el ataúd. Así, ¿quién puede adorar? ¿Quién puede afirmar? En cuanto cree uno abrir el ser se le siente cerrarse.

¡Dios! ¡Grito sin objeto tal vez y nombre vacío y terrible! ¡Deseo que tiene el espíritu ante lo inaccesible! ¡Vana invocación, aventurada en el fondo del precipicio ciego donde se van nuestros sueños! ¡Pala-

bra que te lleva, oh mundo, y sobre la cual bogas!
¡Nombre puesto en discusión en los sordos diálogos
del espectro con el sueño, oh noche, y de los dolores
con el hombre, y del astro con las sombrías flores
á las cuales despiertan encima del estanque los fríos
rayos lunares! ¡Objeto de la enorme querrela de los
truenos! ¡Solución que va persiguiendo día y noche
la obscura y confusa polémica del viento! ¡Dios!
¡Concepción loca ó sublime misterio! ¡Noción que
ningún cráneo, en el cielo ni en la tierra, aún cuando
fuera sobrenatural, podría contener! Cualquiera que
sea el pasado, cualquiera que sea el porvenir, nadie
la alcanzará, nadie la ha poseído; y dentro de la urna
donde quiere ponerse tal idea, por todas partes se
sienten huídas de infinito.

*

El cielo, á fuerza de obscuridad, estaba como
aplanado. Y el ave, cuyo redondo ojo despide un re-
flejo de azufre, me dijo:

—Ven, voy á enseñártelo todo; es un precipicio.

Como si con esto lo hubiera dicho todo, el buho
se detiene; luego añade:

—¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? Todo se
calla, todo está cerrado, todo es sordo, todo retrocede,
todo vive en el insondable y fatal crepúsculo. El ser
mortal medita y sueña con espanto, esperando que
algo diga un día: Soy yo. La taciturnidad de la som-
bra es formidable. Parece que más allá del nimbo
inabordable se mueve vagamente en lo más oscuro
de los cielos una especie de vaga y misteriosa frente; y

Dios,—si hay un Dios,—hizo á semejanza suya la no-
che universal y el silencio eterno.

Yo espero. ¿Qué va á nacer? ¿El alba ó la noche?

Uno de mis ojos es fe; pero el otro es desespera-
ción. Examino y me remonto. ¡Oh brumas eternas! La
noche se ríe de la mirada, el infinito se ríe de las alas.
Todo ante mí se pierde, se mezcla y se confunde.
Allá abajo, en lo profundo, trato de coger un mo-
mento de claridad, de olvido, de transparencia, ó de
entrever cuando menos el cadáver Esperanza, á fin
de poder decir al mundo espantado: ¡Es una tumba!

El fondo, la cumbre, la verdad, lo real, sea quien
fuere, vacío ó manantial fecundo, esto es lo que ne-
cesito, lo que sondeo. Soy el formidable mirador de
la sima; soy el que quiere saber por qué; soy el ojo
que entreabre el atormentado en la tortura; si por
azar este mundo, dentro del luto que lo cubre, es el
juguete de algún espíritu infame, soy la curiosidad
de aquellos de quienes se ríe; ante el alma de todo,
¡ay! tal vez ausente, soy la creciente y lúgubre ansie-
dad, y si no fuera buho, sería gigante.

Este mundo es el abismo y el abismo es mi agu-
jero. Cavilo triste sobre los huecos del universo y la
sombra agita sobre mi frente su gran ramaje som-
brío.

Miro fijamente el vacío y el éter y el huracán y el
aire y el sordo firmamento y las siniestras contorsio-
nes de las nubes. Mis párpados se han acostumbrado
al precipicio. Toda la obscuridad del vertiginoso cielo
entra en mi cráneo y se queda en mi ojo luminoso.
Siento estremecerse sobre mí el borde vago del círcu-

lo. La urna tal vez teniendo por tapa el infinito. En el fondo de estos huraños limbos tengo por espectáculo, por término á mis miradas, por meditación, por razón, por demencia el inaudito cráter de la negrura inmensa; y no encontrando [teniendo] claridad ni ruido, he venido á ser una especie de horrible vaso de la noche que llenan lentamente la quimera, el sueño, los aspectos tenebrosos, la profundidad sin playa, y en el umbral del vacío de los vagos embudos, el áspero estremecimiento de las escarpaduras negras.

*

Hombre, á veces en este letargo, en esta triste espesura ensanchada hasta no acabarse nunca, se forma como un desgarró en el viento del infinito. Entonces yo, el velador solitario y desterrado, me estremezco; sale un destello de la plenitud, y la creación, multitud deforme, me aparece; oigo ruidos, pasos, voces; y en medio de una claridad de visión, veo aquel lívido universo, vasta danza macabra donde el astro se arremolina, donde la ola se encabrita, donde todo huye. Veo los sepulcros, los nidos, los matorrales, la montaña y los rudos granitos, informes anquilosis del esqueleto mundo, la vaga llanura abriendo sus pálidas flores abiertas; las olas desmesuradas dando largos aullidos, y los repulsivos gestos de los árboles de los bosques.

Y desde abajo llega hasta mí una música obscura, el himno que, según Hermes, oyó Epicuro; todo vibra y todo se convierte en instrumento; el desierto canta, la selva da al feroz concierto su ramaje sonoro y triste, y el navío su aparejo, del que el viento hace una sombría lira.

Todo se transforma y corre hacia la engañadora bruma; los muertos y los vivos, que son un vapor, se mezclan; el volcán, cresta y boca inflamada, vomita un largo sifón de ceniza y de humo; el aire se tuerce, sin que se sepa á dónde conduce el aquilón los miasmas perversos y traidores de la noche; la marea, inmutable y mugidora báscula, balancea el Océano en el espantoso crepúsculo; y la creación no es más que un temblor negro. No se sabe qué vida emociona lúgubremente al hombre, al esquife, al mástil, á la onda, al escollo, á la ensenada; y la luna esparce su resplandor de cadáver.

Yo busco un respiradero.

Así, pues, ¿qué sentidos puede tener este mundo ciego y sordo, este edificio negro, esta creación tenebrosa y claustrada, sin ventana, sin techo, sin puerta, sin entrada, sin salida?, ¡oh terror!

Por momentos pasan blancuras; distínguense vagamente buscadores, sin saber si son realmente seres y si todos esos sondadores del precipicio, magos, sacerdotes, no son á su vez sombra á la que los vientos dan en la bruma formas de vivientes; vense las grandes frentes blancas de Egipto y de Caldea; y vense pasar á lo lejos, como los forzados inmensos de la idea, á los espíritus aventurados arrastrando la pesadez de los repulsivos problemas, sabios, profetas, djins, demonios, adivinos, poetas. Y el abismo les dice: ¿qué sois vosotros, si vosotros sois?

¿Cuál es este universo? ¿Y cuál es su antepasado? Lo que se toma por un cielo, tal vez es una mortaja. ¿Quién puede decir donde se boga y quién sabe donde se yerra? ¡Oh! ¡El agua terrible con rumores de true-

no! ¡Los sordos cuchicheos del viento bajo el horizonte! ¡Qué espeso tabique entre el día y nosotros! Tinieblas. ¿Por qué todo habla en voz baja? En el horrible espacio, todo rostro que ríe tiene por sombra tras de sí una cabeza de muerto. ¡Nacer! ¡Morir!—Se entra, entrad.—Salid, los demás salen.

Y pienso sin cesar, sin cesar mi ojo sombrío ve ir y venir la onda enorme de la penumbra. ¿Para qué? Y todos vosotros, ¿para qué? ¿Vosotros vivís, vivís vosotros? Y además, ¿por qué? ¡Pensáis, soñáis, morís! Pegad vuestras frentes al sordo cercado. ¿Qué es el destino? ¿Qué es la naturaleza? ¿No es más que un mismo texto traducido en dos lenguas? ¿No es más que una rama doble que tiene el mismo fruto?

La llanura sobre la cual el monte pesa como una negra ruina, el mar, calentado al rojo oscuro al ponerse el sol, las nubes que tienen las cumbres por arrecifes, las tormentas volando en convulsivos grupos, el rayo, los Etnas que arrojan las piedras pómez, los crímenes mandándose plagas por respuestas, el antro sobrenatural, el estanque lleno de tifus, los prodigios mugiendo bajo las copudas encinas, la materia, caos, profundidad donde se esparce el aire furioso, el feroz fuego, el agua brutal, la noche, esta prisión, este negro calabozo movible donde se percibe la sombría invasión del viento; todo es tétrico.

Se tiene miedo cuando el alba que se despierta hace una llaga en la parte baja de los cielos, roja y encarnada; se tiene miedo cuando el cierzo esparce su largo estremecimiento; se tiene miedo cuando, al ras del horizonte, se ve arrastrarse vagamente el espantoso escarabajo de la noche, mostrando en la extensión abierta al crepúsculo su misteriosa espalda de

oro y nácar verde; se tiene miedo cuando la media noche va á sentarse encima de las montañas.

Sin embargo, en esa masa informe y temblorosa, parece por momentos que se siente y se está dominado por una necesidad de himeneo y de paz, que emociona todas aquellas profundidades de nubes y de viento; todo procura hablarse y todo procura oirse; la tierra, dando al Océano una mirada tierna, atrae á su verde seno á aquel sombrío aprisionado; pero el agua deja la orilla después de haberla besado, y vuelve á caer, y se hunde y vuelve á convertirse en tormenta.

No hay nada que no titubee y no se desmienta; el bien presta su velo al mal que va á ofrecerse; ¡ay!, al otro lado del saber está el sufrir. Alba y noche, vida y luto tienen las mismas raíces; la suerte hace vecinas la solicitud y la angustia; de donde brota la mirada se ve manar el llanto; y si el ojo dice Luz, dice también Dolor. Todo es melancólico.

No hay objeto que no parezca hacer en el infinito señales de angustia. Y mientras al rededor de mí, lúgubre y vago, entre la descolorida humareda y en el vasto enojo, se precipita el torbellino de los hechos y de las cosas, ese espectro de la vida llamado hombre sufre.

Las dos trágicas voces Naturaleza, Humanidad, cada una en su extremo, se hacen eco; la tristeza del uno se repliega sobre el otro; la pálida angustia humana tiene por explicación la melancolía del planífero universo; y los gemidos de la creación están llenos de la insondable miseria del hombre.

Sin embargo, al fin y á la postre, no sois más que larvas. Camináis uno encima de otro oscuros, tur-

bados, durmientes, fugitivos, y todos vuestros pasos son borraduras. No queda de vosotros, si algo queda, más que el embrión, [que es] tal vez efecto, tal vez causa, los sordos rudimentos, mudos, primordiales. El ser eterno está hecho de átomos idiotas.

¿El mismo existe? Ahí está el siniestro problema. ¡Oh sembrador! ¡Muéstranos al menos la mano que siembra!

Hermes—¡pero quién puede ver lo que vió el ojo de Hermes!—me ha dicho que él había visto, desde lo alto de las grandes cumbres, más allá de lo real, más allá de lo posible, una claridad [que era el] reflejo del rostro invisible. Todo el montón tembloroso de los seres, árboles, montes, alas, miradas, ramajes, estaba inclinado hacia ella; y, sobrenatural, lanzando súbitos relámpagos, aquella luz sin fondo, á la que no se atrevían á acercarse, asustaba á veces á la encina y á la peña, aún al más terrible y al más intrépido.

*

¡Cuán inmóvil y cuán rápido es! ¡Cómo se escapa esto en ciertos momentos! ¡Cómo hace el abismo movimientos extraños! ¡Oh, poco importa que yo quiera huir, y huir, y huir siempre! La contemplación del precipicio me devora. Sí, ya te lo he dicho; sí, yo veo la vida encima de la sombría altura.

Imanes, flúidos, pesadéz, ejes, polos, calor, gas, rayos, fuego sublime, todas las fuerzas son los caballos del abismo; caballos prodigiosos cuyo pie huye siempre, y que arrastran al mundo á través de la áspera noche. ¡Y nunca [hay] sueño en su salvaje pupila! ¡Y nunca cuadra para su carrera eterna! Andan,

andan, andan, fatales aguilillas, franqueando los septentriones y los cénits, arrastrando todos los soles á través de todas las tinieblas.

El hombre siente que el terror le hiela las vértebras cuando desde abajo oye su misterioso paso. Dice: ¡Qué profunda es en el cielo la tormenta! ¡Cómo soplan allá abajo en alta mar los vientos del Oeste! ¡Cómo deben tirar su carga las embarcaciones y qué espantoso de ver debe ser el Océano! ¡Cómo llueve esta noche! ¡Cómo truena esta tarde [anochecer]!

¡Oh vivientes, hijos del tiempo, del espacio y del número! Son los negros caballos del carro de la sombra. Oidles pasar. El tortuoso huracán, el rayo, todo ese ruido disonante y monstruoso de los soplos de los montes, de las olas contra la playa, son los relinchos del feroz tronco.

*

Esta creación está siempre trabajando; el astro rehace su oro y el alba su esmalte; la noche destruye el día, y la ola destruye el dique, incesantemente, sin fin, sin reposo, sin fatiga. Los flujos y los reflujos, los gérmenes, las claridades, los cruzamientos de relámpagos en las inmensidades, los efluvios, los fuegos, los metales, los mercurios, los profundos diluvios, las oscuras abluciones, hacen engendros en la destrucción; la materia es pensamiento, y acción la idea; se nace, se fecunda, se vive, se muere sin cesar; y á veces hasta distingo, más allá del sueño, en medio de fondos á donde mis ojos no habían llegado nunca, albores espantosos de mundos desconocidos.

¡Oh! ¿Por qué esos caos si todo proviene de un

genio? ¡Oh! Si es la nada esto, ¿por qué esa armonía? ¿Él es Él? El universo se me aparece sucesivamente como convulsión, luego orden; obscuridad, después día. [Si] existe, ¿por qué se siente el frío de la culebra? [Si] existe, ¿de dónde proviene que un gusano sea toda su obra? ¿Que la madre esté en el hijo [y] la flor en su pistilo? ¿Y por qué se sufre? ¿Y por qué permite el dolor esa inmensa y sombría calumnia? ¿Qué hace el Mal en el universo? Niega. Dice: —Soñáis á Dios cuando soy yo el que os sigue; la prueba de que él no existe, es que existo yo.

¿Es malo ó bueno? ¿Es espléndido ó triste? ¿Todo esto basta para probar que existe y que está en alguna parte un autor, un vidente, un ser espantable y socorredor que tiene por envergadura la distancia entre el mal y el bien? ¡Espíritu hecho mundo con el abismo por figura! ¡Gran desconocido que tiene arresado el pensamiento!

Pero, ¿quién nos dice que la sombra es lo que parece? ¿Es una unidad sombría? ¿Es una muchedumbre horrible? ¿El astro no es más que un misterioso agujero de la criba? Esto rueda, ¿sobre quién? Esto da vueltas, ¿sobre qué? ¿De dónde se viene? ¿A dónde se va?

Yo no sé nada. ¿Y tú?

Y el pájaro miró mi alma con sus dos ojos; y en el fondo de todo de su fulgor, vi tinieblas; y como yo permaneciera pensativo, prosiguió:

*

¡Sombra sobre lo que muere! ¡Sombra sobre lo que vive!

Yo he leído esto, que escribió Hermes en su tabla: «Pirrón de Elea era un mago terrible. El abismo al verle se echaba á relinchar. Un día vino al cielo, Dios le dejó venir; vió la verdad, Dios se la dejó quedar. Cuando volvió á bajar—pues es preciso volver á bajar; el ideal echa fuera á los sabios embriagados,—cuando volvió á bajar, de peldaño en peldaño, de compás en compás, de pilastra en pilastra, llevando la verdad, teniendo el astro en la mano, de pronto, [con rostro] sombrío, dirigió hacia los ardientes cielos su puño terrible y lleno de rayos que cegaban, y dejando escapar el astro de entre sus dedos, dijo el sabio:—¡Oh, Dios, yo te arrojo tu estrella á la cara! Y la claridad se sumergió hasta el fondo de la noche; vióse un instante á Dios, y luego todo se desvaneció.»

Hermes cuenta también haber visto en un sueño un espíritu que le dijo: —Hombre, una duda me devora. No me acuerdo [nada] de haber sido creado. Yo era, flotaba solo, pensativo, sin espanto; forma agrandada con el viento, con el viento disminuída, yo estaba en la nube y era la nube; nadaba en el sueño y en la profundidad. De repente nació el universo; esta redondez entró en el horizonte que se hizo formidable; yo no suponía al vacío fecundable [y, por lo tanto], tuve un momento de espanto; desde entonces examino con estupor este mundo inquietante; tengo miedo.

Hermes se fué con las dos manos extendidas. Buscaba, sondaba las perdidas profundidades; y yo busco como él; y me ahogo, haciendo lo que hago, como me ahogaba antes de buscar.

Porque la noche me castiga por quererla conocer. Aún siendo sacerdote [quien lo hiciera], es una obs-

cenidad levantar el gran velo púdico y sagrado del horror.

Además, ¿qué se encuentra? Falsos sentidos, humo, error. La ilusión, riendo con su siniestra risa, sale de la sombra y escribe: Fin. Y cierra el registro. Uno se pierde al descender, se extravía al subir. Buscar es ofender; tantear es atentar; saber, es ignorar. Isis, la de la triple cintilla, tiene por discípula á la taciturna y fría sordera. Bueno es no querer, no poder es mejor. Ten envidia al ciego y no abras los ojos. ¡Cállate, cállate! Si hay, oh viviente, algunas bocas frívolas que hablen, sabe que las palabras turban la amenazadora enormidad de los cielos. El mudo es más santo que el silencioso.

Sí, emparedarse los oídos con la pared silencio; no echar peso alguno en balanza alguna; no tocar los lúgubres pliegues de la cortina; sí, conservar la mordaza; sí, guardar la venda; vegetar sin querer, sin intentar, sin alcanzar; dejar que los ojos se cierren y los soles se apaguen; tal es la ley.

Sin embargo, yo quiero; pero no puedo.—¡Busca! —me dijo Hermes.—Y desde entonces nada he visto.

Nubes abajo, nubes en lo alto, nubes en el centro; precipicios; nada delante, nada detrás, nada en medio; á veces, enjambres de átomos vanos y locos que flotan; lo que se ve de más real sois vosotros, muerte, tumba, obscuridad de las descoloridas sepulturas, cementerios, tenebrosos cultos de Dios!

¡Dios! ¿Pero por qué vuelve á ocurrírseme siempre esta palabra? ¿Es acaso el eco de esos grandes pórticos sordos? ¡Oh! ¿No es quizás más bien el vacío

donde todo acaba, la siniestra y vaga carcajada del sueño?

*

—Sin embargo, preciso es un eje á lo que se ve, y habiendo algo que es, menester es que alguno exista. Odio ó prudencia, alegría ó duelo, paz ó cólera. Se necesita la clave de la bóveda y la piedra angular. Se necesita el punto de apoyo, el quicio, el medio. Para la rueda universo falta un botón. ¡Creamos! ¡Creamos! Sin ver el manantial, por la obra puede deducirse el eje obrero é ir en conclusión de la cabellera á la cabeza, del círculo al centro de donde todo parte y del perfume en todas partes á la flor en alguna. Hombre, el Ser debe ser. Hombre, no es posible que la flecha espíritu vuele y no tenga un blanco. No es posible, por vano y ruidoso que sea este mundo donde se ve huir cuanto se apercibe, no es posible, ¡oh tumba! ¡oh noche!, que la naturaleza no sea más que una inútil y hueca cobertera, que el fondo sea de la ciega sombra, que el fin sea el vacío, y que Nada tenga por corteza Todo. No es posible que con el amasijo crepuscular de sus grandes bajo-relieves iluminados por un día lúgubre, la creación, sea con su amontonamiento de noche, de bruma y de claridad ante la inmensidad, un pedestal teniendo la nada por estatua. Creamos. Diciendo no, el espíritu se prostituye. Por más que el Ser se oculte, todo nos dice: ¡Ahí está! ¡Creamos!—

¡Oh, pensador, yo me repito todo eso! ¡Pero donde recaigo siempre es en la espantosa duda; tanto hacen temblar y doblarse el rayo visual, la flor y el rayo, y la estrella y la tromba y el hombre y el sepulcro y la tierra y el cielo! ¡Tanto turba lo que se percibe á lo

que se supone! ¡Tanto el negro efecto ve la causa poco directamente! ¡Tanto abren torvas perspectivas sobre lo desconocido, aun los mejores ojos, la bruma y el destello, los elementos en contradicción siempre, los soplos desencadenados y las alas cautivas! Tan incómodo es gritar: ¡Verdad! ¡Y tanta oblicuidad tiene la certidumbre!

Miro y busco y espero y pienso, y el obscuro silencio se prolonga ante mí.

En ciertos momentos, en el espacio donde su fantasma tiene el aspecto de errar con el viento, la nube y el relámpago, veo pasar á Hermes, mi prodigioso maestro. Abordando ó rehuyendo lo desconocido donde penetra, sueña, piensa, extiende sus dos brazos para orar. Entonces oigo como grita su formidable voz:—¡Oh, el ser! ¡el ser! el ser invisible. ¡Me anonada bajo su nombre inaudito, sombrío, incomunicable! ¡No lo dice! ¡Está tranquilo, infinito! —Luego pasa terrible, después de haberme bendecido.

Y yo permanezco allí, sobresaltado bajo la nube y la oscilación continua de los precipicios.

¡Oh! ¡Volver siempre al punto de donde se salió!
¡Y ver siempre tras de lo grande lo pequeño! Por demás cavo la vida y cavo la naturaleza; en mi obscura ciencia tengo brillos de todo; pero respiro en ella un aire de sepulcro, y tengo frío. ¡Oh! ¡Cuán vacío, cuán estrecho es este universo! ¡Oh! ¡Chocar siempre contra las mismas apariencias! ¡Oh! ¡Estrellarse siempre contra las mismas ignorancias!

¿Si existe, por qué se esconde y huye? ¿Está en el

universo como el grano en el fruto? ¿Como la sal en el agua, como el vino en el odre?

¡Oh! ¡Pasar la horrible materia de odre en odre!
¡A través del bien, del mal, de la ola y del fuego, del hombre, el astro y la bestia, hacer un boquete á Dios!
¿Quién lo podrá? Nadie. Y todo no es más que ironía.
¡Sabio quien duda y fuerte quien niega!

Tú buscas también al Ser, ¡oh pasajero!, te compadezco. Los firmamentos están llenos de abismos y de abismos. El camino es largo, ¡oh sí! Lo eterno, paralela de lo infinito, bien pronto habrá roto tus alas. ¡Corre, vuela, ensaya, y busca, y remóntate, y sé castigado!

Yo —el ojo atento busca mientras no está empañado —me quedo donde estoy. ¡Ve, sube! Y ten cuidado por el camino, con las visiones que hacen que uno se extravíe y que se dude. Encontrarás tal vez en algun umbral de infiernos, fantasmas de fuego, pálidos Luciferes castigados por haberse puesto en la frente un poco de aurora, ladrones de celeste fuego ó de fósforo infernal, negros cazadores de nidos de astros en las ramas de donde caen los terrores, los sueños y los males. Pasa, y ve delante de tí, sé desconfiado y vagabundea por la noche, ese fraude, sin creer en la claridad; no sigas lo que se ve, no sigas lo que luce. A fuerza de quererlo cegar todo, la noche acaba por hacer brillar un resplandor albo, y los llamados son sombra revuelta. Yo mismo lo soy.—

*

Entonces el buho estremeciéndose se volvió hacia la noche, buscando al enorme ausente. Hubiérase

dicho que su cabeza y sus dos alas grises estaban prendidas en una pesada red; temblaba, luego permanecía taciturno como un viejo.

De pronto, gritó en la inmensa bruma:

—¡Profundidades! ¡Profundidades! ¡Profundidades formidables! Embriones eternos, átomos imperdibles, ¿de dónde venís? Substancia, aire, llama, molde humano, tierra, ¿habéis sido amasados por una mano? ¡Oh, parturición tenebrosa del Ser! ¡Yo quiero hallar, quiero saber, quiero conocer! ¡El vacío es imposible, y todo está lleno, todo vive! ¿Quién lo sabe? El cielo se desmorona tan pronto como se sube.

Si el universo nos dice que dudemos de donde estamos, que creamos, lo ignoro. ¡Oh! ¿Qué dice el astro al hombre? ¿Qué dicen el frío mistral y el simoun ardiente? ¡Visión! La mar triste hace entrecho-car, mugiendo bajo las pesadas nubes que amontonan los vientos, los monstruosos bronce en fusión que tiemblan; las olas producen un estrépito de espantosos escudos que chocan, y encima de ellos está el sepulcral relámpago. ¿Cuáles son la fe, el dogma y la filosofía que significa para nosotros ese impenetrable horror? La extensión donde vencido se ha detenido mi vuelo, está tan lúgubrementemente hecha de obscuridad, el obstáculo es tan fatal, el hombre es tan irrisorio que llega á no comprender, á no creer nada. Y yo digo á la noche: ¡Ni un solo ser está seguro, noche, ni siquiera de [que exista] un poco de Dios en un poco de azul!

¡Oh! ¿Es voluntaria la creación? Un amo dice en ella: ¿Yo?

¡Cielo! ¡cielo! ¿De qué cráter del viejo volcán caos,

tragado bajo el enigma, salió este mundo, erupción siniestra? ¿Sopló alguien hacia sus fúnebres torrentes para hacer con ellos la enorme piedra de las tinieblas? ¿Lo ha visto alguien lava antes de que fuera granito? ¿Quién cuajó, pues, esa espantosa corriente de estrellas en la monstruosa vertiente del cénit? ¿Fue él? ¡Si él existe, que hable! ¡Oh! ¡Dime á quien ocultas, cielo melancólico!

¿Existe el ser porque la vida existe? Siento bajo el infinito á ese mudo fantasma. Yo lo siento; ¿pero él existe? Y es inútil que le persiga; la obscuridad incommensurable y fugaz me embriaga. Todo mi descubrimiento es ceniza y caída. ¡Oh duelo! El espantoso estrabismo de la duda está en mis ojos. El hilo del infinito se divide ante mí.

Que sea la creación inútil y vacía, no puede ser; ¿dónde estaría la razón? Pero, por otra parte, en el vasto horizonte todo sufre, y todo responde á las preguntas: ¡lloro! El espíritu como la carne, el siglo lo mismo que la hora, el coloso y el átomo infinitesimal. ¡Oh noche! ¿Por qué el vacío? Sí; pero, ¿por qué el mal?

¡Oh si yo hallara á Dios! ¡Si yo pudiera á fuerza de gastar mi obscura garra por coger esa corteza, desgarrar la obscuridad, ver esa frente, y verla desnuda, quitar por último la noche del rostro desconocido! Pero nada. El cielo es falso, el astro miente, el alba es traidora.

No tengo más que un solo esfuerzo, me aferro al ser, me aferro á Dios en la obscuridad sin paredes... ¿Si Dios no existiera?—¡Oh! A veces creo ver llorar la horrible pupila del abismo.—¿Si Dios no existiera?

¿Si nada tuviera cima? ¿Si los precipicios no tuvieran más que una sombra en medio de ellos? ¡Oh! ¿Sería posible que yo estuviera solo en el repugnante infinito?

¡Oh, vosotros, los cuatro vientos que sopláis en el prodigio! ¿Existe él? ¿Existe? ¿Existe? ¿Existe? ¿Yo mismo, existo? ¿No he de ver blanquear nunca las blancas cúspides? ¡Oh! ¿Debemos permanecer por siempre, cara á cara, bajo el enigma, idiota y monstruosa bóveda, él, que se llama Noche, y yo, que me llamo Duda?

*

Y nada respondió; y el ave curiosa y fúnebre, crispando su furiosa uña, se estremeció; y precipitándose sobre la especie de faz que siempre aparece y se borra en la bruma, persiguiendo el eterno desvanecimiento, tratando de retener el vacío, el momento, el relámpago, el fenómeno informe, el problema, y todo ese nada fugaz que ni ella misma veía, buscando un pliegue, buscando un nudo, haciendo esfuerzos por coger por el borde lo impalpable y lo oscuro, y por asir, en la oscuridad donde aborta todo vuelo, la noche por el agujero negro de alguna estrella muerta, cansada, ronca, jadeante en el destierro insondable, gritó:— ¡Pero espectro, arráncate ya esa máscara!

Y no la ví más. La oscuridad se había apoderado del ser que quería apoderarse de la oscuridad. Y todo debe desaparecer, y todo debe borrarse, y todo, Rhodopé, Osa, Athos, todo debe pasar; y aquella ave pasó.

Como un soplo apenas perceptible, como un ruido de hormiga que arrastra un grano de arena, en el pre-

cipicio donde acababa de entrar el ave de Hermes, solamente oí murmurar muy bajo la palabra: ¡Nunca!

Y permanecí solo en la sombra letífera, dejando caer mi ala y no sabiendo qué hacer de ella, no atreviéndome ni á mirar, ni á pensar, ni á querer.